

Frank Iodice

Breve diálogo sobre la
felicidad

A Ignacio y Mateo López.

Permítanme una nota para agradecer al señor Presidente de la República Oriental del Uruguay, José Mujica, por haberme permitido utilizar algunas frases de sus discursos públicos y por la charla informal que mantuvimos. Este ensayo nació para los jóvenes pensadores. ¡Ojalá comprendan la importancia de desear ardientemente la libertad y lleguen a ser, algún día, ciudadanos o políticos mejores que nosotros! En cuanto a los adultos, me remito a la antigua ley que existe desde que existen los libros: cada página puede esconder varios significados. Cualquier lector, cualquier crítico, puede interpretarlas según le venga en gana porque, al fin y al cabo, tanto en literatura como en la vida misma, sólo quien quiera comprender comprenderá.

Me costó mucho contener las historias que surgían de mi fantasía mientras relataba fielmente el diálogo, mitad real, mitad imaginario, tal como me había propuesto antes de viajar a Uruguay y, debido a la enfermedad que sufro, una grave forma de cefalea que siempre me obliga a llevar a término todo lo que empiezo, no pude elegir otros caminos.

Igualmente, tengo que darle las gracias a mi amigo Henry Ortega (Librería-Editorial LaMalatesta, Madrid), por haberme ayudado con la traducción al español.

F. I., mayo 2014

El chacarero había vuelto después de muchos años de ausencia, cosa que, durante las dictaduras militares latinoamericanas, resultaba normal. Entró en un bar cerca de la plaza Independencia, las casas bajas olían a plantas y a lejía, se entreveían los patios llenos de la luz brillante de los azulejos. Era domingo, había bajado veinte cuadras por 18 de Julio porque la Biblioteca Nacional estaba cerrada y se le había olvidado. ¡Che!, te importa si me siento aquí para tomar un trago, preguntó, pues parece que ya está todo puesto para la cena. Si nos molesta, te lo digo, contestó el mozo detrás de la barra con la clásica gentileza de los del sur.

No nos interesa cómo se llamaba el chacarero ni cuántos años tenía. A lo largo de esta lectura no nos interesarán muchas cosas. Grapamiel y un café doble, frío si no es molestia. No tenemos, se le contestó, así que el chacarero pidió: pónmelo caliente y esperaré a que se enfríe.

Aquel día sus manos mostraban una extraña sabiduría, eran manos independientes y revolucionarias. Se acordó, al sacarlas de los bolsillos de la chaqueta, de que eran finas y sin vello, llevaban muchos años cumpliendo los mismos movimientos, no tenían razón para dejar de hacerlo. Pese a ello, se notaban inmóviles. Luego, al moverse otra vez, percibió el sentimiento de responsabilidad con el que se acercaban a la mesa. Sus manos no tenían edad, envejecidas para los demás, para toda clase de hombre al que le gusta dar un final a cada cosa con la esperanza de adelantar el propio.

El mozo detrás de la barra cantaba y silbaba, tenía rizos pequeños que le caían por el cuello dando la impresión de que estuviesen mojados, pese a que podía tratarse del reflejo de las bombillas amarillas de las lámparas. Las camareras no le miraban como se mira a un hombre, el chacarero parecía más bien un niño y les inspiraba ganas de maternidad y risas: un tímido placer con la idea de haberle parido y amamantado, estrechado contra aquellos pechos que, desde que él había entrado, estaban latiendo. El chacarero no hacía caso a sus sonrisas, estaba absorto en sus manos, las había puesto encima de un cuaderno.

Había nacido allí, pero a lo largo de su vida había trabajado en muchos lugares, Salto, Artigas, incluso en Buenos Aires, y en ninguno de éstos se había quedado largo tiempo. Había servido a sus patrones sin dejarse seducir por las promociones, el

trabajo era gratificante, pero vivir en la constante búsqueda de su propia pasión por la vida lo había sido aún más. Se había conformado con el sueldo mínimo, alguien le había definido como un inconsciente, le había avisado, tú verás, le habían dicho muchos, tú verás. El chacarero, y seguiremos llamándole así porque su nombre ya no le servía, estaba cansado de escuchar tú verás, tú verás. Tenía por lo menos unos noventa años, y todo lo que había visto se parecía a un espectáculo que ahora guardaba dentro, podría haberlo descrito en su cuaderno, su nombre podría estar allí dentro. Mantenía la mirada baja, para cruzarnos con sus ojos deberíamos agazaparnos y esperar a que los levante de la mesa, pero sabemos que cuando alguien piensa en su vida, podrían transcurrir muchas horas antes de que recoja los ojos de donde los ha olvidado, por esta razón seguiremos hablando de él sin describir esa parte de su cuerpo, de momento.

El mozo detrás de la barra se afanaba con su nariz con la pericia de los enamorados o de esos monos que, el uno al otro, se despulgan y se comen los parásitos desencovados de entre los pelos. El resto del cuerpo lo puedes limpiar solo, pero para la cabeza se precisa de otra persona. El chacarero le sonrió, sorbió un trago de café que sabía a agua sucia de alcantarilla, no porque la hubiese probado alguna vez, sino porque así se la imaginaba, y permaneció en silencio. Desde que había entrado, el mozo detrás de la barra le había interrogado con la mirada para descubrir si él, al menos, sabía algo sobre la felicidad.

Era de tarde, el viento corría bajo las sillas de madera, las entretenía entre un cliente y otro. Frente a la entrada el chacarero sentado solo, ahora hablaba despacio con sus manos impacientes sobre el cuaderno, no podía seguir traicionándolas mucho más. El mozo se había dado cuenta. Al lado de la mesa, educadamente ocupada por el chacarero, se encontraba un piano, descuidado desde hacía mucho tiempo; a su espalda los ganchos dorados para los sombreros, él no llevaba ni sombrero ni corbata, y una fotografía de Zitarrosa con su autógrafo dedicada a la dueña del bar. Cada vez que un cliente miraba la foto, ella sonreía. Ahora no lo toca nadie, dijo el mozo detrás de la barra, tampoco sé si funciona, hasta el año pasado había conciertos cada fin de semana, luego lo dejaron allí olvidado, y no lo dijo con esa sabiduría nostálgica típica de las personas mayores cuando hablan del pasado, no, lo contó con la incauta alegría de su edad, como se cuenta cualquier historia. Un bar es un escriño lleno de historias desoídas. El chacarero sonrió otra vez, como acordándose de su juventud en una de las ciudades donde había vivido, o en las reyertas de los bares de antaño.

Tenía pelo y barba rapados, estaba suave como recién salido de un salón de belleza, olía a agua de colonia. Las camareras tenían el rostro indio de las peruanas y el cuerpo deslumbrante de las porteñas, se lo pasaban bien imaginando de qué color había sido ese pelo, pero para alguien que no tenía ni un nombre –deducimos– el cuerpo y sus innumerables partes deberían ser detalles sin ninguna importancia. Respiró más hondo para descubrir si las plantas falsas tenían olor, después cerró los

ojos y recordó las plantas verdaderas conocidas en sus viajes. Había observado el mundo y los seres humanos, luego había pasado por la biblioteca para buscarlos en los libros y, al encontrarla cerrada, se había dicho: ¡no eres capaz ni de acordarte de qué día es hoy! El mozo detrás de la barra, entre tanto, esperaba y descansaba el peso de su cuerpo sobre las manos, como todos los que hacen ese trabajo.

Acabo de llegar de un viaje, dijo el chacarero sin dirigirse a nadie en particular, estoy muy cansado, pero cuando estás cansado por lo que hiciste quiere decir que lo hiciste con mucha pasión. ¡O que te obligaron hasta el agotamiento!, dijo el mozo detrás de la barra pensando en lo que estaba haciendo él en aquel momento. Una señora, mientras tanto, buscaba el baño, todos pasaban al lado del piano sin saber que el baño no estaba allí, aquella sólo era una esquina tranquila del local, no había nada interesante. Existen muchos tipos de cansancio, dijo el chacarero, en mi caso se trata de una rara forma de sacrificio del cuerpo para la satisfacción de la mente, cuando era joven no conocía los diferentes placeres de la mente, ignoraba muchas cosas. Con una mano sostuvo la cabeza, que estaba a punto de desprenderse. A cierta edad se descubren partes desconocidas del cuerpo, dijo. No tenía intención de hablar de sí mismo, pero tampoco estaba seguro de que le escucharan, por eso siguió: cuando envejeces vuelves a ser niño, es algo parecido a volver a nacer pero sólo en parte. Los clientes estaban sentados al otro lado del local, cerca de las ventanas que se asomaban a los edificios en construcción frente al Mercado Central; en una mesa para dos se sentaban ocho, para charlar mejor y mirarse de cerca a los ojos. En esa época muy pocos comían solos, la soledad es un lujo que se pueden permitir únicamente los ricos. Ellos, según presumimos, todavía no la conocían.

El plato del día era pechuga rellena con papas al roquefort, se sentía el queso fundido y el café sabía incluso peor que antes. Pidió otro, no hizo falta gritar, a lo mejor en un local vacío sus palabras podrían perderse, pero en un lugar como aquel, no. El mozo detrás de la barra, al que a partir de este momento le llamaremos simplemente el mozo en la barra para facilitar la lectura de estas páginas, se colgó el trapo sobre el hombro y se acercó a él con una taza más fría esta vez. La mesa del chacarero se hallaba sobre un tablado de madera, las mismas tablas que se hallaban en muchas casas. Una vez había tocado allí el gran Alfredo Zitarrosa, siempre bien afeitado y corbata impecable, Chamarrita de los milicos, cantaba, su canción prohibida por los militares, y por eso gritada bien fuerte, un milico es un soldado, chamarrita de los milicos no se olviden que no son ricos... Ahora ese tablado gastado olía a todos los licores de hierbas y butiá derramado sobre el suelo a lo largo de medio siglo. El chacarero volvió a decir: estoy cansado porque este viaje fue muy difícil. ¿A dónde fuiste?, preguntó el mozo en la barra, quien, ya no encontrándose detrás de la barra, se llamará desde ahora en adelante el mozo. Antes de acercarse, el mozo pasó por la terraza y levantó el toldo con la rapidez de la costumbre, sus manos agarraron la manivela como a una serpiente antes de que mordiese. El chirrido del hierro se confundía con el de los coches viejos que pasaban raudos sin detenerse en el cruce y seguían hasta la Rambla, parecía que corriesen hacia el mar para entrar en las nubes

rosas del horizonte lejano. Luego se dió la vuelta para controlar el bar: las camareras tenían voz de muñeca dulce, se reían porque no había mucho trabajo en aquel momento y podían contarse un montón de historias chistosas mientras él se quedaba con el chacarero en la esquina del fondo, el cliente del café frío y de la grapamiel, callado hasta entonces, con un cuaderno cerrado debajo de las manos. Los clientes fijos les llamaban por su nombre, Laura, Rosario, chillaban alegremente.

¿Por qué te cortaste el pelo y el bigote de esa manera?, preguntó el mozo. Lo hice porque perdí la esperanza. La esperanza en qué, en el amor, ¿en la vida?! No, no, contestó el chacarero, la esperanza en que siguieran creciendo. Nos vamos a dar cuenta ahora de que a ese bar, el chacarero, ya había ido hacía muchos años, pese a esto, no esperaba que le reconociesen. Levantó los ojos y miró hacia la luz que moría. En la Rambla la gente paseaba con los perros sin correa, perros libres, las nubes escondían un tímido sol del que ya se habrá escuchado en todo relato como éste y no vamos a describir de nuevo.

¿Hace cuántos años te fuiste? Casi trece, dijo el chacarero. ¿Y qué hiciste? Aprendí a hablar con las hormigas para encontrar compañía en la soledad. ¿Las hormigas pueden hablar?! Por supuesto, incluso gritan a veces, y siempre dicen la verdad, no tienen ninguna razón para mentir. ¿Así que no existen hormigas mentirosas? No, contestó el chacarero, el hombre es un animal de compañía, como el perro, para él la soledad es el mal más grande. ¿Más que la muerte?, preguntó el mozo. Incluso más, sobre todo si creemos en la historia de las almas y de la vida eterna, dijo el chacarero, pero sonrió mientras lo decía y por tanto el mozo no supo si tomárselo en serio.

Para ser un chacarero, pensó el mozo, parece que conoce muchos secretos, pero en fin, ¿qué son los secretos?, se preguntó sin darse cuenta de que lo había dicho en voz alta. El chacarero acarició el cuaderno y contestó: el secreto es el que nos hace hombres y mujeres plenos, con un pasado, en lugar de hombres y mujeres vacíos. Las sillas crujieron, señal de que los dos se estaban poniendo cómodos, la luz que atravesaba las contraventanas oscuras dejaba la esquina del piano en una delicada inmovilidad. No le hicieron caso.

Cuéntame del tiempo que pasaste solo, de ese viaje en el que aprendiste a hablar con las hormigas. El tiempo, dijo el chacarero, es tan precioso que no lo perdería en hablar con alguien como yo. Sin embargo querría saber, insistió el mozo, se apoyó otra vez en los brazos delgados y sin vello como hacía en la barra desde que había empezado en aquel trabajo. Su madre se lo había conseguido porque, cuando era estudiante, tenía la mala costumbre de perderse camino del colegio. Trabajar de cantinero le gustaba, sabía que algún día hablaría con la gente igual que estaba haciendo ahora ese viejo con él, con esa dosis de silencio en los ojos tan natural que parecía necesaria. Pese a todo, el mozo aprendería pronto que no era tan necesaria para todos, sino para cada uno en distinta medida.

Los ojos del chacarero eludían los de las jóvenes camareras, dejaba que se rieran de él. Sus risas eran agradables pues alegraban el ambiente.

El mozo no entendía por qué no le quería hablar de su viaje, de lo que había hecho

durante todos esos años. Quizás tenía algo que ver con la historia de los secretos y de los hombres y mujeres plenos. El pasado era la parte más importante de su vida, tanto que se calló y esperó a que el chacarero eligiese de qué hablar. Sin embargo, cualquier argumento le iba bien para estar ocupado durante la cena. Para los jóvenes de su edad, una cena en silencio daba tanto miedo como un pozo profundo y vacío. A esta hora los clientes no me van a necesitar, dijo. Parecía triste, pero los que parecen tristes pueden engañar a quienes les observan, como a nosotros en este momento, incautos lectores, porque debido a la alegría se olvidan de sonreír. El chacarero no le escuchó, estaba reflexionando sobre las manos y sus voluntades, le encantaba reflexionar sobre las manos, claro está.

Quítate la chaqueta, dijo el mozo, o vas a tener frío cuando salgas, y lo dijo con la delicadeza injustificada de los extraños. No tengo frío desde ya hace muchos años, no te preocupes, dijo el chacarero. Había tomado grapamiel en ese bar hacía tiempo, antes de que el mozo trabajase allí, con su esposa por ejemplo, la compañera que se había quedado a su lado creyendo en las mismas ideas locas. Una idea puede convertirse en un ideal cuando ya no eres el único en creerla sino también una mujer como mi esposa, pensaba, ¡tan loca como para quedarse conmigo este tiempo! Volviste a pensar en voz alta, dijo el mozo, y volviste a hablar del tiempo. Tienes razón, el tiempo de nuestra vida es la única cosa que no podemos comprar, volvió a decir el chacarero. El mozo desearía haberlo dicho él mismo, a algún cliente mientras secaba los vasos detrás de la barra, o fregaba el suelo rugoso, uno de los muchos quehaceres cotidianos que se vuelven parte de nosotros, deseaba haberlo dicho, como si lo hubiera pensado él y no un viejo reumático y sin pelo. Esta vez fue él quien pensó en voz alta y dijo: quizás aprenda a hablar del tiempo como este viejo, ¿y dónde lo voy a aprender? Aprenderás de las derrotas y del dolor. ¡Pero si yo quiero éxito, plata, quiero abrir un boliche en la plaza o bajo los arcos del Salvo! Cuando habló de su bar el mozo miró al vacío, en ese espacio en el que se buscan los sueños. El chacarero se arregló el cuello de la chaqueta, la única que tenía y que llevaba todos los días de verano y de invierno. Por cierto, era un día frío, no obstante no tenía intención de volver a casa para ver a su esposa y calentarse junto a ella bajo las mantas baratas que tenían. Antes quería acordarse de su nombre, de su pasado, y de unos cuantos detalles sin los cuales no sería el hombre con el que ella se había casado y al que había seguido, sino un viejo tonto al cual le gustaba charlar sobre el tiempo. Cuando era joven no sabía que la vida le negaría unas felicidades que todos en cierto momento esperan, y una era la paternidad. El chacarero no había tenido hijos, pero de esto no quiso hablar, el mozo tampoco se atrevió a preguntar más, lo que estaba en su cabeza se quedó allí.

¿Leiste muchos libros mientras estabas lejos?, le preguntó en cambio. Había observado largo rato aquel objeto en la mesa y se había convencido de que un hombre tan enamorado de un cuaderno debería amar o haber amado en igual medida la lectura de libros. El chacarero levantó la cabeza, como si las ventanas tuvieran rejas y buscara un rayo de luz para no ahogarse. Leí lo que me permitían leer, dijo, textos de

ciencias y química. Debía de ser difícil, dijo el mozo. Un poco, sobre todo no contar a nadie lo que acabas de leer cuando le das la vuelta a la última hoja; ¿para qué sirve esa sonrisa que tienes cuando terminas un libro si no puedes ofrecérsela a las personas que quieres! ¿Por qué dices eso? El chacarero no contestó.

De todos modos, continuó el mozo, yo no creo en el dolor, mi gente no lo conoce, pese a esto ¿no puedes decir que nosotros no aprendimos lo que tú aprendiste sólo porque no vivimos la dictadura! ¿Para qué vas a necesitar una dictadura para conocer el dolor!, dijo el chacarero, todos tenemos una buena dosis de dolor que llevamos dentro. El piano seguía llenándose de polvo desde la última vez que alguien lo había tocado, como una mujer hermosa que envejece abandonada en un cuarto vacío. El chacarero le miró con la pena de su edad, la que cada uno aprende cuando se vuelve a ser niño y empieza el viaje al revés para retornar al vientre de donde salió. ¿Quieres saber por qué el tiempo es tan importante para entender el dolor?, preguntó el chacarero. Ciertamente, contestó el mozo. El tiempo de tu vida te sirve para hacer lo que te guste, y si haces lo que te gusta eres feliz, es algo fácil pero nadie lo hace.

Se parecía a una antigua idea que volvía a nacer. El mozo se sintió vivo otra vez y por un momento se olvidó del trabajo detrás de la barra y de las cuentas. ¿Es posible que todo lo que quiera sea trabajar, trabajar para acumular plata?, se preguntó, esta vez atento de no abrir la boca. Algún instinto le empujaba a esconder esta pregunta. ¿Qué ocurriría si todo el mundo actuara como este viejo?, ¿quién trabajaría en su lugar? Sus palabras, las del chacarero, eran hermosas, si haces lo que a ti te gusta eres feliz, y al mismo tiempo eran peligrosas. Pero, ¿peligrosas para quién?, se preguntó. Ver que el mozo se hacía preguntas, y nosotros también lo veríamos si observásemos su boca estrecha y los ojos ciegos de quien piensa intensamente en algo, le llenó de una alegría paternal, la cual, si le hubieran quedado lágrimas, le habría emocionado. La capacidad de interrogarse, según el chacarero, era el principio de cualquier revolución y él había visto muchas, las suficientes como para entender que ningún ser humano, sin ellas, sería digno de tal nombre. Para el chacarero había una diferencia abismal entre una vida de guerrillero y una cualquiera, como las que le habían ofrecido en cada una de las ciudades donde había trabajado. A estas alturas sufría de reuma en las ideas, sería difícil convencerle de cambiar una sola de ellas. Su existencia, ahora se acordaba, se había fundado en esas ganas de ser diferente de los demás, siempre había elegido direcciones contrarias a las de sus coetáneos, no por creerse mejor, para nada, sino porque al actuar igual que todos, decía, ¿se aburría mortalmente! Por esa razón había tomado tal vez decisiones escuchando sólo una pequeña voz interior, sin miedo a equivocarse porque, para eso, siempre había algún remedio. El chacarero confiaba en la buena fe, nuestra única intransigencia, decía, casi todo el resto es negociable. Tal vez era cierto, cada uno es único y como tal tiene derecho a reivindicar su unicidad. El mozo reflexionaba sobre su propia unicidad, pero, ¿en qué se distinguía de los demás mozos? ¿Los licores eran los mismos, las botellas sobre los estantes, hasta en la misma posición que en cualquier bar! El ron y los whiskies debajo; los licores de hierbas y los vinos de marca, Concha y Toro, Don

Pascual, Irutria, Stagnari Viejo, arriba. Acaso sería mejor mirar a otro lado, se dijo.

El diálogo. Éste era, en su opinión, el medio para hablar incluso de lo que se desconoce, es decir, sacar buenas palabras incluso sin conocer su significado real. Preguntar al espejo o preguntarse a sí mismo ya no funcionaba. Creía en el diálogo, el chacarero, consciente de que el final sería la parte más difícil porque ninguno de los dos sabía de qué hablarían. Cuando una conversación se basa en la búsqueda del conocimiento, sin duda, lo que importa es descubrir. Y por el amor a esto, al parecer, sus palabras se estaban hinchando como el pecho de esos pájaros ligeros, los cuales vuelan de rama en rama sin cansarse.

No importa, por los fines de la presente relación, conocer el nombre de la ciudad donde llegaron a conocerse los protagonistas de quienes decidimos ocuparnos. Y no tiene importancia, por la misma razón, dónde había estado el chacarero todo ese tiempo. Un hombre tiene importancia aquí y ahora; lo que hizo le transformó en el hombre que es, pero, como dijimos al empezar el relato, aquello es un secreto que no viene al caso.

Los clientes al otro lado, con los platos vacíos delante, se dejaron engañar por la chaqueta que el chacarero llevaba puesta, debieron de pensar que se trataba de algún político. Quizás estaba preparando un debate en el que participarían muchos, como si escuchando fuesen a descubrir el secreto de la felicidad. Tan sólo al escuchar esa palabra entre tantas otras les había dado la esperanza de que la felicidad siguiera existiendo y que tuviesen que entender cómo buscarla. ¿Qué es la felicidad, entonces?, se preguntaron las camareras distraídas sin mirar hacia el piano, tal vez es un pez que nada en ciertas profundidades inalcanzables, o un pájaro raro, escondido entre aquellas plantas de plástico, que nadie logra agarrar. ¡Imaginemos por un momento que un pajarito hubiera entrado en el bar, rozando las cortinas, a lo largo de las paredes como un toro asustado en la arena, y todos se hubieran levantado y hubieran intentado agarrarlo!

Sobre la política, pues, el chacarero se limitó a decir una única frase que quedó bastante clara para los presentes, los cuales levantaron la vista de las pechugas, cuyos restos yacían abandonados en el fondo del plato, y que relataremos ahora íntegramente: la política tiene algo que ver con la *polis*, hacer política significa luchar para que mucha gente viva mejor, el mozo apoyado sobre las manos, los huesos descollando sobre las hombreras, escuchaba con una magra fascinación, ¡pero vivir mejor no quiere decir tener más cosas, sino ser más felices!, y no siempre la felicidad depende de las necesidades materiales.

El mozo dijo: ¡ojalá fuera posible lo que dices! ¿Tienes miedo de no comprender de lo que hablo, se le contestó, y prefieres engañarte a ti mismo?, todos somos buenos actores cuando lo necesitamos. Pero yo estoy pensando más en un problema de libertad, contestó el mozo, tienes que admitir que ni tú ni yo somos libres. Sus

protestas eran naturales. ¡Tras toda una vida escuchando a su madre decir lo contrario, ahora alguien le hablaba del tiempo libre y de la felicidad! El mozo, después de abandonar la escuela, aprendió a respetar los consejos de su madre, pues fue ella quien le había conseguido aquel puesto y quien le lavaba la ropa todos los fines de semana. Y aquellos que te lavan la ropa resultan sin duda más convincentes que los que te hablan de felicidades.

En cuanto a la libertad, dijo el chacarero, la vas a necesitar para vivir como hombre pleno; para ser libres se precisa tiempo. De nuevo una cuestión vinculada con el tiempo, al parecer. El chacarero continuó: si te preocupas de los cacharros, indicó las gafas de sol en su cabeza y el reloj de oro, vas a gastar tiempo. ¿Y por qué?, preguntó el mozo. ¡Porque para comprar cosas gastas plata, pero cuando compras con plata no estás comprando con ella, sino con el tiempo de tu vida que necesitaste para ganarla! Luego dijo algo más trascendente relacionado consigo mismo, atendiendo a como bajó el tono para conseguir esa intimidad que normalmente se le niega a quienes se confiesan en los bares: lo único que no puedes comprar en este mundo es tu vida... El mozo se mantuvo en silencio.

Querría otro más, el último, necesito despertarme de este letargo, dijo el chacarero. Una camarera, ahora sin reír, se lo trajo.

¿Qué se le pasaba por la cabeza al mozo? ¿Desde hacía cuánto tiempo se había dado cuenta de que la razón que le empujaba a sentarse en aquella mesa llena de polvo detrás del viejo piano desafinado fuese una inacabada búsqueda de un padre que no había tenido? Y en cuanto al chacarero, nos preguntamos igualmente, ¿se había dado cuenta de esta búsqueda? ¿Se trataba de la respuesta a sus preguntas, a las manos inmóviles o a lo que el cuaderno custodiaba celosamente?

La ciudad no tenía un buen color, la gente pasaba delante del bar, arrastrando sus pies cuesta arriba hacia el centro, cabizbaja, sin levantar la mirada de los adoquines. ¿Qué fue de los niños que corrían tras los coches, muchos de ellos sin ropa bajo sus uniformes, o de los enamorados que, con sus vagas ilusiones, siempre se les había necesitado para rellenar los silencios y colorear los escaparates hoy vacíos? Esas tiendas ahora eran agujeros en los edificios. A medida que escuchaba las palabras del viejo reumático, el mozo comprendía los silencios y la falta de colores que jamás le habían interesado.

No sabemos si el mozo llevaba gafas en el bar, como suelen hacer las personas inseguras que, ante la duda de que el sol les pueda sorprender, se las dejan en la cabeza, incluso estando a cubierto, o bien si se las había puesto antes de acercarse al chacarero. El mozo no tenía gana alguna de contar sus asuntos personales, pertenecía a la generación de los enigmáticos, jóvenes misteriosos que no hablaban con nadie y que, al intentarlo, no mantenían la concentración mucho tiempo, distrayéndose con facilidad sin llegar a ninguna conclusión. No le gustaba charlar alrededor de una mesa para pasar la tarde con sus amigos. Prefería quedarse en casa en su sillón, dormirse delante del televisor. Sin embargo, el chacarero no le juzgaba, porque evidentemente era de otra generación, y no tenía la mala costumbre de juzgar sin

antes analizar su propia conciencia. Todo lo expuesto incoaba a escuchar el resto de las respuestas, algunas coherentes con las preguntas, otras menos. El joven volvió a pensar en su televisor, con una leve nostalgia en la palma de sus manos, y se acordó de las horas que se pasaba cada día reflejado en la pantalla. Se preguntó: en este espejo puedo encontrar cualquier respuesta, es una especie de magia, pero, ¿dónde se hallan las preguntas? Otra mirada rozó el cuaderno cerrado sobre la mesa, los vasos sucios olían a calle, las manos del chacarero seguían inmóviles. Las venas de la madera recorrían su camino infinito hasta el borde de las mesas, donde, como cada cosa, morían silenciosamente, y los reflejos de la luz les otorgaban una discreta dignidad renovada en cada salto. Los objetos, a diferencia de nosotros, pueden nacer y morir mil veces, por esta razón en muchas narraciones como la nuestra se acaba por hablar más de ellos que de los hombres.

¡Si aprendo a hacerme preguntas antes de buscar respuestas, tal vez descubra lo que me apasiona y finalmente haga lo que a mí me gusta! ¡Claro! ¡claro!, gritó algún cliente, sin dar respuesta a su pregunta. Pese a ello, él tenía la impresión de que todas las preguntas y respuestas planteadas en un bar se mezclaban en una delicada simetría.

El chacarero, que oyó estas palabras, quizás porque fueron pronunciadas en voz alta y por tanto alcanzaron sus oídos, dijo algo que no podemos menos que repetir: nadie puede enseñarte lo que llevas aquí dentro, levantó por primera vez una mano de la mesa, el mozo retrocedió un poco, con un dedo el chacarero señaló su cabeza, tú posees la capacidad de hacerte preguntas fértiles, dijo, está forjada en tus huesos tan profundamente que casi no te das cuenta, aprende a mirar el mundo con curiosidad, la curiosidad es contagiosa. ¿Cuál es la alternativa? La alternativa es dejar que otra persona piense en tu lugar y que el conocimiento acabe en algún sitio, puede que accesible para todos, pero no estaría en tu cabeza. Entonces, contemplando los vasos vacíos con un tierno remordimiento, añadió: hay un antiguo proverbio que dice, no des pescado a los niños, sino enséñales a pescar, ¿entiendes ahora de qué estamos hablando? Creo que sí, contestó el mozo asintiendo. En realidad, llevaba un rato conversando y no tenía muy clara la razón. Pese a todo, no se atrevía a levantarse y volver a su trabajo hasta que no descubriese el contenido del cuaderno. En el espejo detrás de la barra se reflejaban las aceras y los pies de la gente. La pared frente a la entrada estaba a oscuras, aunque había cierta luz. ¡Qué raro!, pensó el chacarero, y pensó en muchas cosas más al decirlo todo, pese a que no le dijo nada al mozo, el cual, en gran medida, empezaba a plantearse preguntas valiosas; esta conversación le hacía falta.

Gracias a los cafés que sabían a agua turbia y a la grapamiel que le endulzaba la boca, el chacarero iba rememorando muchos detalles indispensables para volver a casa con su esposa tras una larga temporada de silencio. No estaban realmente

casados, ni por la iglesia ni por ningún tipo de contrato, pues, de lo que hemos entendido leyendo estas páginas, se consideraban marido y mujer, una especie de broma que perduraba desde hacía cuarenta años. Se habían conocido en las revueltas universitarias contra el gobierno, mucho antes de que se incorporaran al movimiento. Habían disparado juntos en los montes y en las calles anchas del Barrio Sur; un día habían presenciado el asesinato de su amigo, el profesor Acostillada, y de su esposa, en la esquina entre la calle San José y Durazno. Alguien le había vaciado un cargador entero mientras la gente se tiraba al suelo con un movimiento por entonces asquerosamente mecánico, y cuando el ruido espantoso de los tiros pareció haber terminado, ella, levantando un poco la cabeza, le había dicho: ve a ver qué pasó. Esperamos un rato más, había contestado el chacarero, el cual, por entonces, era un joven rebelde convencido de cambiar el mundo con una abundante y rizada melena. Bajo la sombra de la Catedral seguían moviéndose las hojas, sin recato, entre los dos cuerpos caídos.

El profesor Acostillada y su mujer iban a asistir a la misa, era domingo por la mañana, pero las campanas no tañían. Si en esos años, a la hora de la santa misa, no se oía el tañido de las campanas, significaba que allí arriba estaban escondidos los soldados, pero él se había dado cuenta demasiado tarde para salvar a su amigo. Ni él ni su mujer habían llorado, nunca habían tenido tiempo para eso.

Su esposa era más joven que él, apenas una adolescente al incorporarse al movimiento de manos de un cura, un amigo de su profesor de arquitectura, el cual buscaba jóvenes para un proyecto en su iglesia y en cuyas manos había caído la mujer del chacarero. Ella, alma ingobernable y soñadora, había empezado a interesarse por la actividad política del cura terminando por adherirse a la causa del movimiento. Ésta es mi sacristía, gritaba el cura a los chicos que se asomaban por la puerta con la curiosidad y el hambre de quienes no conocían más alternativa que la rebelión, la misa es el domingo, ¡pero si quieren hablar de política, pasen! En los bares se contaba que, para entrar en el movimiento, la mujer del chacarero se había hecho cirugía plástica, la habían obligado, y por ello había quemado en la chimenea todas las fotos en las que se podía ver su verdadero rostro. Sin embargo, se contaban muchas tonterías en esa ciudad, cuyo nombre decidimos no revelar, pero, como no podemos permitirnos el capricho de creerlas, no relataremos más.

De jóvenes habían nutrido sus sentimientos con balas y papas, y ahora conservaban una buena pizca de ambas, útiles para luchar y para no morir de hambre. Nos gustaría saber más, pero los secretos de una pareja no son para todos. Resulta raro, además, descubrir que, mientras el chacarero recordaba a su esposa, el mozo pensaba en su madre, en sus consejos.

La madre del mozo era una mujer complaciente, hablaba cuando se precisaba y mantenía los ojos entrecerrados cuando oía pasar los aviones. Las mujeres de su vida, en aquel breve encuentro, estaban allí a su lado.

No tenía muchos dientes el chacarero, jugaba a contarlos con la lengua y muy a menudo perdía la cuenta. Este movimiento de los labios, que no encontraban lo que buscaban, era gracioso, le hacía vulnerable. El mozo le miraba los brazos sin desasosiego y tendía a mantener quietos los suyos, llenos de una gastada vitalidad, como solía ocurrir tras la barra, donde buscaban el apoyo y la paz generalmente vedados a los brazos de quien trabaja.

El domingo, la mayoría de la gente aprovechaba su día libre pese a no saber siempre cómo ocuparlo. Por ello, muchos acababan en el bar, si tenían suerte se cruzaban con otros que también tenían el domingo libre y lo pasaban juntos. Otro chacarero que estaba de pie tomando una cerveza, y al cual, para distinguirlo del que estaba sentado, le llamaremos el chacarero de pie, dirigió su mirada hacia la esquina y preguntó a una camarera: ¿el político sigue aquí? ¡a que quiere más votos! Pero la camarera no le contestó, no sabía discutir ni de política ni de votos de ningún tipo. Le contestó un joven en camiseta de asillas; llevaba de mano a una niña a la que nunca le habían lavado la cara, una suposición absurda sin sopesar, por así decir, porque al menos la lluvia lavaba la cara de toda niña contra la voluntad de cualquier padre, hasta la del más ingrato. Éste dijo: ¡los políticos jamás hablaron de felicidad! Era cierto, incluso el mozo lo había preguntado: ¿por qué nadie habla de la felicidad? Ni de la soledad, dijo el chacarero. ¿Quién habló de soledad?, contestó el chacarero de pie, como si aquella pregunta sirviese de defensa contra la soledad misma, y no fuese un simple pasatiempo como otros tantos para pasar el domingo en compañía. Nosotros estábamos hablando de eso, dijo el chacarero, pero no son más que los disparates de un viejo reumático y de un mozo al que no le gusta mucho estudiar. Sus sillas crujieron una vez más, ruido de barcos amarrados con gúmenas cansadas. El chacarero continuó: la soledad es un flagelo de las grandes ciudades, peor que una plaga. Pero esas plagas, ¿quién las ha visto? Quizás sea un filósofo, dijo el chacarero de pie, uno de esos que dicen una cosa y piensan la otra. Las camareras estaban cansadas de servir las bebidas en la barra, cada uno tenía que cumplir con sus faenas o aquel engranaje perfecto se habría estropeado. El chacarero había trabajado en muchos lugares antes de perder el cabello y los dientes, incluso en bares como aquel, por lo que entendía que estuvieran hartas, y sabía interpretar sus sonrisas y sus suspiros cuando pasaban al lado de la mesa, lo hacían para llamar la atención del mozo; éste se recompuso un poco de la vergüenza.

Siguieron mirando hacia fuera, la luz del atardecer que no hemos descrito, los viandantes tristes, los niños que no ven más allá de sus pequeñas manos. Sus palabras podrían ser el comienzo de una revolución pacífica y silenciosa, se dijo el mozo, este hombre fue un guerrillero y conserva el espíritu rebelde de los románticos, ¡las palabras son como piedras, y con las buenas piedras se construyen buenos palacios!, ¿qué significa entonces rebelarse?, se preguntó el mozo, los grandes cambios siempre se produjeron cuando alguien se rebelaba contra algo. La literatura, este mismo cuaderno, quizás nazcan de un acto de pura rebelión, y esto es cierto como la historia

misma, se volvió a decir. El chacarero estiró una pierna, a aquellas alturas no le sentaba muy bien quedarse demasiado tiempo en la misma posición, aquel movimiento fue como un paso estando sentado, el primer paso hacia su casa, olvidada, y hacia su querida esposa.

¿Fumas? Gracias, no debería, el médico de la cárcel me lo prohibió, dijo el chacarero en voz baja. Así que, ¡ahí fue donde estuviste todo este tiempo!, estabas preso... El chacarero sonrió y fumó, cuando dio la segunda calada cerró los ojos y soñó por un momento con algo íntimo. Al mozo aquel gesto le recordó a su madre, en casa, mientras miraba los aviones. Vivían a lado del viejo Terminal, Carrasco Norte, edificios de cemento que en verano ardían como sartenes, hierba amarilla quemada por el sol, ahí donde aterrizaban los vuelos procedentes de Argentina, su casa estaba llena de polvo irrespirable y ruidos ensordecedores. El cuarto del mozo no tenía ventanas, salvo un cristal sobre la puerta, una puerta altísima, por donde entraba la luz del amanecer, la luz del sol trasformada en una neblina que brillaba flotando en el aire y temblaba con cada despegue y aterrizaje.

Ninguna adicción es recomendable, salvo la del amor, dijo el chacarero sonriendo de nuevo con el cigarrillo entre los labios, los cuales, sin el obstáculo de los dientes, eran más suaves y echaban mejor el humo. Ahora se le podían ver bien los ojos, claros y serenos. Había levantado el rostro para hablar también con éste y ahorrarse la mitad de las palabras.

¿A quién miras? A la gente, dijo, cuento los que andan con la mirada hacia arriba y los que andan con la mirada hacia abajo, que son más que los primeros. El mozo y el chacarero tenían ideas similares sobre la muchedumbre de peatones, les veían con ojos de artista, debían de estar ya en alguna pintura futurista, tenían muchas piernas y muchas manos. ¿Qué les preocupaba realmente? ¿A dónde iban tan deprisa? Algunos trabajaban hasta los domingos, el mundo no podía parar para permitirles estar en casa con sus familias, y así las familias se habían acostumbrado a almorzar solas todos los días. Antes, dijo el chacarero a su interlocutor o al piano, mis compañeros luchaban por las ocho horas, luego, se dieron cuenta de que el trabajo no lo era todo y con una nueva lucha se consiguió una reducción a seis horas de trabajo. Yo trabajo seis horas, dijo el mozo, que estaba pensando en los aviones y se despertó al escuchar la palabra trabajo, ¡es cierto, pero la gente no está contenta, los gastos son muchos y busca otro empleo para acabar trabajando más que antes! El chacarero siguió sonriendo, ahora estamos casi seguros de que sus sonrisas tenían el valor de los asentimientos y la fuerza de las negaciones. ¡Qué necesarios fueron los años de aislamiento para aprender a hablar con una sonrisa! Trabajan más porque quieren comprar el auto, dijo, los asientos de los autos son cómodos, te envuelven y te masajean el cuello para que te sientas menos solo. La moto nueva del mozo estaba aparcada frente al bar, le había costado, como se suele decir, unos cuantos años de dobles turnos, pero no se lo dijo al chacarero.

Entonces, siguió el chacarero, ¿son ellos quienes manejan los autos o son los autos los que les manejan a ellos?!, cuando lo comprendan, después de muchos años pagando

sus deudas, estarán viejos y reumáticos, como yo, y la vida se les habrá escapado de las manos. Algunas caras, discretamente, ralentizaron lo que estaban haciendo y asintieron, ya fuese como desafío o como reconocimiento.

Su madre, la del mozo, no estaría de acuerdo, para ella cualquier trabajo era sagrado y cuanto más había, mejor. El mozo estaba confundido, aquella visión era demasiado idealista, la vida estaba igualmente llena de gastos, ¡el viejo debería admitirlo! Pero muchos de esos pagos de los que su madre se había hecho cargo se podrían haber ahorrado, el coche nuevo, la segunda nevera, diez pares de zapatos, no se trataba de volver a la edad de piedra, el chacarero se refería a aquella rara enfermedad que afecta al hombre, esa necesidad de tener siempre más. No estaba mal, pero existían otras visiones, quizás pobre es quien desea siempre más y no el que tiene poco. Lo habían dicho otros antes que él, los antiguos pensadores, Epicuro, Séneca, hasta los aymaras en una lengua más espiritual que la nuestra. Para el mozo, quien en resumidas cuentas había aprendido algo antes de dejar los estudios, aquellas no eran del todo palabras nuevas, por lo que incluso él aprendió a sonreír sin hablar.

Los dos, el chacarero y el mozo, pensaron en su país: un país pequeño pero rico en recursos naturales suficientes para sobrevivir, poco más de tres millones de habitantes ¡y trece millones de vacas de las mejores del mundo! Ocho, diez millones de ovejas estupendas, un país exportador de comida, lácteos y carne, una plenillanura cultivable en un noventa por ciento. Sus ojos se llenaron del Río de la Plata. Se podría hablar de solidaridad, esa forma particular de magia que nos hace sentir lo que sienten los demás, nadie puede estar seguro, lo único que sabían mientras pensaban en los rebaños y en la boca del río era que en las ciudades como la suya, las llamadas ciudades industrializadas, el medio más extendido para sobrevivir era la competición, ¡una competición despiadada! ¿Hasta dónde llega nuestra fraternidad?, se preguntó el chacarero, los hombres no van a poder dominar las fuerzas que han desatado, ¡sino serán éstas las que dominen al hombre!, al hombre, y a la vida... ¡porque nosotros no venimos al mundo para desarrollarnos en términos generales, sino que venimos al mundo para ser felices!, la vida es corta y se nos va, y si la dejamos correr trabajando y trabajando y trabajando, y consumiendo y consumiendo... ¡Tú hablas como si los demás fuéramos inmunes a la felicidad!, le interrumpió el mozo, hablas de lugares donde has estado viviendo todo este tiempo, mientras yo me partía el lomo detrás de la barra.

En realidad, la barra estaba vacía, parecía que nunca nadie hubiese trabajado allí, sin embargo, muchos mozos habían pasado horas y horas acariciándola, domándola como un caballo salvaje. El chacarero entendía su escepticismo, siempre había sido así, desde los tiempos de los antiguos filósofos, por los cuales no se sentía influenciado aunque se expresara tal vez de manera semejante. Sus palabras eran trascendentes, mas el chacarero puede que no fuese consciente de ello, había deseado tanto hablar con alguien que le pudiese contestar, se conformaba tan sólo con la alegría de convencerse de lo que iba contando. El mozo tenía toda la vida por delante, incluso si no le convenciera, se dijo, no era nada grave, porque la suya no era la única

visión posible, sino una de tantas.

Las paredes de madera del bar eran oscuras y relucían, las tablas rechinaban hasta con el paso más liviano. La esposa del dueño, una mujer gruesa y ruidosa, barría el polvo pegado en el suelo, una de las actividades diarias como limpiar las mesas llenas de migajas o fregar los vasos que de todas maneras quedaban sucios, como cualquier objeto que a lo largo de los años toma un color propio, ajeno al que le dimos al fabricarlo. De las palmeras alrededor del edificio del mercado se oía a los loros pelearse con las palomas para conquistar los mejores nidos; despertaban a los perros y a los caballos a todas horas. Algunos de sus gritos se confundían con los de los niños encerrados en un inmueble cuesta arriba donde debía de hallarse una escuela. Sobre su cabeza pendía una pequeña lámpara, la bombilla parecía apagada al alumbrar tan poco, se movió como se mueven las bombillas, sin moverse realmente, cuando alguien con una bandeja llena de vasos abrió la puerta con los pies. Las camareras iban vestidas y deprisa, lo que les distinguía de otras menos vestidas y más sosegadas, por eso el bar tenía buena reputación en todo el barrio hasta el puerto, donde otro tipo de locales se podía encontrar sin buscar demasiado. La esquina del piano se hallaba poco iluminada, porque nadie se sentaba allí, la gente se impacientaba fácilmente y quería que la atendiesen en seguida. La gente está siempre ávida de atención. La bombilla llevaba encendida casi mil horas, apenas unos cuarenta días, de un momento a otro se apagaría porque todo tiene su fin, tanto los hombres como los objetos. El mozo no lo sabía, pero lo que estaban tratando tenía que ver también con aquella bombilla. ¿Qué pasaría si no se apagara? ¿Qué sería de las fábricas en las que cada día se construyen miles de bombillas, todas destinadas a una muerte segura, nos atreveríamos incluso a decir, programada? Quizás trabajarían menos, finalmente pasarían el domingo en casa con sus familias. El mozo se hizo otra pregunta: ¿es éste el destino de los seres humanos?, el desarrollo, la tecnología, el progreso por así decirlo, no pueden ir en contra de la felicidad, sino que tienen que estar a favor de ella, y del amor como primera cosa del mundo, el amor por las relaciones, por el cuidado de los hijos, por los amigos, por las cosas simples en fin. Lo meditó seguramente, se hizo esas y otras preguntas sin decir nada. Hemos sacrificado los viejos dioses inmateriales y ocupamos nuestro tiempo con el dios Mercado, que nos ofrece la ilusión de la felicidad, pareciera que nacimos para consumir, para tener... y cuando tenemos todo lo que se puede comprar queremos más, queremos poseer cosas o animales o personas, ¡es una locura!, se dijo, ¿cuál es el precio de todo esto? ¿el sacrificio de las relaciones? ¿el amor, la amistad, la familia? ¿no tener más tiempo para consagrarnos a nuestra vida personal?, sustituimos los bosques por el cemento, enfrentamos a los caminadores con el sedentarismo, curamos el insomnio con las pastillas y la soledad con la electrónica... ¿y somos felices? Temblaba, después tuvo una visión que transcribiremos fielmente: un hombre se asoma a la ventana de su despacho, en una gran ciudad, sería un hombre cualquiera asomado a una ventana cualquiera, deambula entre las financieras y la rutina cotidiana, su despacho se parece a cualquier otro, algunos atemperados con

aire acondicionado, algunos con ventiladores que no funcionan, siempre sueña con las vacaciones en Europa, con la libertad, sueña con terminar de pagar las cuentas, hasta que un día su corazón se para y adiós... Pero habrá otros soldaditos listos para servir al mercado.

Quizás fuera el momento de empezar a pensar en la felicidad, quizás el chacarero tuviese razón. Debía admitir, el mozo, que jamás se había preguntado tantas cosas juntas. Fumaron un paquete entero de Nevada: después de unos cuantos cigarillos, el humo que penetra en los pulmones es lo que menos importa, hay otra serie de males de los que preocuparse antes.

¿Extrañas a tu esposa?, preguntó el mozo. Mucho, no tardaré en marcharme, esta noche dormiremos abrazados como le gusta a ella. Tu esposa es una mujer sabia, ¿no es así? ¡Todas las mujeres son sabias, incluso las más sinvergüenzas!, mi esposa está loca, como yo, persiguió el sueño de la libertad y pagó el precio por no aceptar una vida mediocre, llena de lujos y rutinas; preferimos la sobriedad a la bonanza, el frescor de las afueras a la neurosis del centro. ¿Dónde viven?, preguntó el mozo. Arriba, en una chacra en el Rincón del Cerro. ¿Jamás pensaron en mudarse a un apartamento?, resultaría más comfortable para... ¡¿Para un viejo?! El mozo avergonzado no supo explicar que para él ser viejo no era un defecto sino un privilegio. Pero el chacarero ya lo sabía. Vivimos en esa chacra, siguió contando, tenemos perros y gallinas. La bombilla bailó otra vez su vals silencioso sobre sus cabezas, el chacarero se olvidó de qué estaba hablando, pues el recuerdo de su esposa era más fuerte y reemplazaba a todos los demás como las nubes frescas del alba, aquellas que trepan por los edificios más altos y pintan de un azul intenso las ventanas. Soñó por un minuto con su chacra, las flores, el coche de los vecinos que había conseguido reparar muchas veces. Es así como los coches llegan a ser nuestros, cuando ponemos las manos en su vientre trasplantando los órganos y otorgándoles una nueva vida. Si le hubiese enseñado las manos, hubiesen mostrado las marcas de su pasión por los motores o por las nuevas vidas. El mozo se imaginó reencontrándose con el Volkswagen que había vendido para comprarse la moto, aquel coche pertenecía a su padre, se lo había dejado antes de desaparecer. Podría estar muerto, podría simplemente haberse marchado como tanta gente que no vuelve más. Si lo hubiese reparado, tal vez su padre estaría menos lejos o menos muerto.

El padre del mozo era periodista, le recordaba bien, pero no lo suficiente como para saber si los sentimientos disfrazados por los recuerdos eran verdaderos. Conservaba imágenes difusas de su niñez, personas que pudieron haber dicho cosas interesantes como las del chacarero, sobre la felicidad o la vida en general. En cambio, las únicas palabras sueltas que le resultaban más familiares en aquella mezcla de realidad y ficción a la que nosotros llamamos memoria, se hallaban tras una puerta cerrada, en la esquina entre la calle Ituzaingó y Cerrito, en el barrio del puerto. Hay que precisar,

para entender los recuerdos del mozo, que en un país con poco más de tres millones de personas, la mitad de las cuales vive en la capital, todos se conocen y acaban por apropiarse hasta de los recuerdos de los demás. Si alguien anda todos los días por la misma calle y se cruza con las mismas personas, vive inevitablemente una parte de sus vidas, y, cuando un día sin previo aviso no se cruzan, sus pensamientos vuelven a ser íntimos. Se trata de una especie de luto por una persona que te sonreía cada día desde la otra acera. Si a lo largo de la dictadura no te cruzabas con la misma gente del día anterior en la misma esquina, pensó ahora el mozo, quería decir que los soldados la habían detenido. Y las torturas que en aquel momento ellos sufrían tú también las sufrías.

Detrás de aquella puerta que ahora rondaba por su cabeza se encontraba la redacción del Diario Español, el periódico en el que escribía su padre, pero aquellos gritos que le hacían temblar de miedo no eran los suyos, los de su padre, sino del director del periódico, quien al otro lado de una pared blanca –entonces considerada un capricho burgués– insultaba a alguien que él, el mozo, deseaba que no fuese su padre. ¡Tú no estás aquí para darnos opiniones, la denuncia es cosa de nenas malcriadas, gritaba el director del periódico, las desapariciones no te incumben, aquí se escribe sólo lo que te pedimos y en los plazos para este periódico si no quieres volver al campo con los demás! Perdona señor director por mi atrevimiento –esa era la voz pequeña de su padre– cierro la edición antes de las ocho como me pidió e ignoraré las denuncias de las desapariciones y las violaciones. ¡Pero esa no podía ser la voz de su padre! Para un niño acostumbrado a una voz, resulta difícil aceptar otra. Podría haberse asomado al pasillo; la puerta chirriaba tan sólo con mirarla, igual que las tablas del suelo; las cortinas de flores olían a fritanga y su sombra caía sobre sus sandalias nuevas. Aquella no era la voz de su padre, parecía que lloraba pidiendo perdón o aprobación, dos actos por los que nunca deberíamos arrodillarnos, ya que se hallan en los ojos de la gente y no en el suelo.

¿Estás pensando en tu padre?, le preguntó el chacarero. Quizás el mozo tuviera la mirada de alguien que piensa en su padre. ¿Tú cómo lo sabes?, le contestó. Tienes los ojos de alguien que piensa en su padre, dijo el chacarero. Señaló uno con un dedo: en éste hay orgullo, dijo, y en éste vergüenza. ¿Y qué quiere decir? Quiere decir que tú vas a ser un hombre mejor que él, tienes su fuerza, se te nota, tanta que la vas a necesitar incluso para no cometer los mismos errores.

Este viejo podría tener noventa años, se preguntó el mozo. Estaba flaco y débil, jugaba con los dientes que le quedaban y soñaba con volver a su casa con su esposa como si le hubiese dejado esa misma mañana. A causa de su curioso miedo a no quererle más o a no ser correspondido como antes, charlaba sobre la felicidad con un mozo cualquiera que había encontrado por casualidad. Renunciar a trece años de su vida por culpa de la dictadura había sido el precio para seguir siendo un hombre libre, pero ahora sólo era un viejo con miedo a no ser amado. ¿A qué hora cierra este

bar? Tarde, a veces ni siquiera cierra. Entonces, por lo visto, ¡tenemos todo el tiempo que queremos! Cada vez que uno de los dos pronunciaba esa palabra, tiempo, sentía vibraciones en su voz y un perfume fuerte de algo que no se ve. Aquella palabra les hacía felices evidentemente, y, a la luz de lo que habían dicho, nos hace felices también a nosotros.

El chacarero dijo: la vida ha sido extraordinariamente generosa conmigo, me dio infinitas satisfacciones, más de las que podría haber imaginado y casi todas inmerecidas... Se acarició la frente y siguió hablando: antes de entrar en este bar iba a ir a la biblioteca, se me había olvidado que hoy estaba cerrada, últimamente me olvido de muchas cosas, pero no se debe a la edad, no estoy tan chocho, no hasta ese punto, ¡se trata de los pensamientos! ¿Qué pensamientos?, preguntó el mozo. Es lo que quería indagar en la biblioteca, esperaba encontrar unos libros que leí hace unos años. ¿Cuándo estabas preso? ¡Peor!, cuando estaba encerrado en un pozo y no me dejaban ni comer ni leer, sólo después de seis años me dieron permiso. ¿Y tú, que elegiste? ¡Ah!, no era yo el que elegía, dijo el chacarero, ellos elegían por mí, textos de ciencia y filosofía. En aquella época de su vida, el chacarero se había apasionado por las teorías de Séneca sobre la felicidad...

Séneca fue el mayor estoicista entre los pensadores; había escrito que la felicidad no es una simple condición del ser humano, sino su mayor pasión. Había sido el primero en decirlo, tras él muchos filósofos habían compartido sus teorías. Todos debieron de haber muerto felices.

Pasó mucho tiempo, no recuerdo gran cosa, prosiguió el chacarero, ni los títulos de esos libros, pero las pocas palabras que no olvidé las sigo necesitando... ¡si pienso en todo lo que podría haber leído! Aún puedes hacerlo, dijo el mozo. No, no con estos ojos, mira. Alzó la vista, más segura esta vez, y el mozo reconoció las antiguas alegrías de las que había perdido el recuerdo. ¿Los ojos de los viejos sirven para eso?, se preguntó, ¿para acordarnos de que fuimos niños alegres? Le miró con respeto y curiosidad. Con unos ojos semejantes, dijo el chacarero, lo que he leído ahora solamente lo puedo imaginar y tengo que aceptarlo, como Séneca decía, una vida fiel a su propia naturaleza es una vida feliz. ¿Y tú, fuiste fiel a la tuya?, le preguntó el mozo. Siempre, en cada circunstancia, contestó el chacarero, la vida me enseñó a querer lo que tengo, y algún día te lo enseñará a ti también.

Cuando un viejo empieza a decir frases como, un día verás... o, la vida me enseñó... un joven normalmente entiende que llegó la hora de marcharse, a nadie le gustan los sermones, incluso a nosotros mismos: si no hubiésemos intuido en la continuación de su conversación que de sermones no se trataba, no seguiríamos relatándola en las páginas que quedan.

Lo que digo, no lo digo como un payador sabiondo, sino buscando un sentido, pues sólo los ignorantes creen que la verdad es sólida y definitiva, cuando es al revés,

provisoria y gelatinosa, hay que buscarla, perseguirla de escondite en escondite, y ¡pobre el que emprenda en soledad esta cacería! El mozo vio en su mirada, aunque fuera líquida, un hambre juvenil de conocimiento que el chacarero no había perdido. Cuando se lo dijo, cuando le dijo ¿tú cómo aprendiste a buscar?, el chacarero contestó: se acaba por conocer algo cuando estamos incómodos sin ello, aprendemos porque tenemos picazón, una picazón que se adquiere por contagio.

De la cocina llegaban el ruido y el olor a fritura, las voces de las camareras entraban secas y salían impregnadas de aceite. Ese eco sucio era típico de los bares del sur, las chicas reían y hasta sus risas se mojaban de aceite. ¿Qué se precisa para ser feliz?, se preguntaba el mozo. Y como no existía un listado de cosas obligatorias, sino innumerables para cada uno, no encontró una respuesta precisa.

El mozo tenía poca barba, llevaba una camisa remangada hasta los codos, como solían hacer todos los camareros por comodidad y para enseñar los músculos de los antebrazos, del color de la arena, y con dos bolsillos para el sacacorchos, los bolígrafos, la libreta y otros tesoros que guardaba celosamente. Del cuello descubierto se entreveían una camiseta del mismo color que sus ojos, ese azul claro parecido al mar durante una travesía en calma, dos ojos libres de los que aún no se sentía digno, y poco vello en el pecho. Algún día tendría vellos en el cuello y en la espalda, bigotes frondosos para esconder las emociones reveladas por los labios, una voz ronca y poco cordial con los clientes, y una gran barriga como todos los ancianos que ahora mismo estaban sentados en la terraza, en las sillas de afuera, que eran de plástico porque las de madera eran demasiado costosas para dejarlas bajo las ráfagas de salitre y lluvias imprevistas.

El chacarero pensaba en su esposa, en la última vez que le había visto, en su chacra, bebía mate hirviendo como le gustaba a ella y se acariciaba la barriga. Antes de que el viejo chacarero –que en aquel entonces era un joven chacarero– desapareciese durante trece años, habían hecho el amor con todo lo que albergaban sus cuerpos, y, ¡si dos seres humanos sueñan tan intensamente con la misma cosa, sólo un dios injusto puede entrometerse y negársela! Su esposa había esperado el tiempo necesario, pues se había enterado de que jamás había existido un niño en su seno, sino únicamente en esos sueños que compartía con él. Era una persona silenciosa, charlaba durante horas si era necesario, pero, el mejor silencioso es precisamente aquel que, incluso hablando mucho, no revela nada.

En los reflejos de los cristales, el mozo se percató de que las pequeñas nubes se movían despacio sobre los enormes edificios de 18 de Julio. Su respiración, si se tomaba el ritmo de las nubes, se volvía más pausada. La avenida era larguísima, los semáforos funcionaban según el sentido que se les quería dar, se podían interpretar a favor de las personas o de los coches y, como en aquella época no había muchas personas ni muchos coches, se respetaban mutuamente dejando pasar antes a los que tenían más prisa.

Aquel mozo, de todos modos, poseía la elegancia de los hombres altos, le gustaba andar por la calle cuando estaba vacía y se escuchaba el crujido de sus sandalias, de

noche, por ejemplo, o de madrugada, cuando los pájaros ululan en lugar de los lobos. Calzaba viejas chancletas, los vaqueros estrechos y sucios acentuaban su delgadez. ¡Reloj de oro y vaqueros sucios, los excesos de su generación! Cuando tenía frío, el mozo, procuraba no temblar, el frío le había enseñado a luchar.

El chacarero se acordó de las luchas y se sintió más joven. ¿El recuerdo sirve para esto?, se preguntó. Las encías le dolían, hacían la guerra a los dientes y, las más de las veces, ganaban ellas. Una señora salió del bar con la barriga llena, llevaba un traje de flores y un par de zapatos rojos. ¡Menos mal que existen los zapatos rojos!, dijo el mozo en tono chistoso. El chacarero, como siempre, sonrió. Qué importancia tiene la razón de ser de los recuerdos, se dijo entonces.

Lo que el chacarero no entendía era por qué aquel mozo, por llevar sandalias abiertas, daba la impresión de ser una clase de persona, y, por otros detalles, como la moto y el reloj, parecía otra. Eran como dos individuos desconocidos luchando en el interior de un mismo cuerpo. En los ojos del mozo, por lo menos, no se apreciaban grandes batallas, eran bastante templados.

En los breves momentos en los que el chacarero cruzaba esos ojos, volvía a ver al joven rebelde que él mismo había sido cuando había amado a una mujer hermosa y, como se suele decir, la había desnudado con la mirada. ¿Cómo se desnuda a alguien sin tocarle o, si preferimos, tocándole con los ojos? El asunto, pues, es que no lograremos encontrar nuevas expresiones para describir la juventud o la pasión del recuerdo, en todo caso inútil, de un viejo tan atado a ambas cosas. Su esposa le había salvado de una vida catastrófica como cualquier vida desperdiciada en soledad. Una mujer puede ser salvadora de vidas, puede cultivar en su vientre los años que tú a solas despilfarrarías, dijo. Juntos, el tiempo tiene sentido, se repetía el chacarero, si no, ¿qué habría hecho yo a lo largo de todos estos años! La voz de ella, cuando le llamaba, era la de una niña que buscaba a su papá. Le gustaba esperarle por la mañana sentado en el sofá, cuando ella se levantaba y no le encontraba a su lado en la cama, le llamaba por su nombre. Ante la idea de una hija jamás tenida esbozó una sonrisa; el mozo, cogido por sorpresa, no comprendió la razón. El chacarero corría el riesgo de cometer el error más común cuando se trata de recuerdos: confundirlos con el presente. ¡Pero, qué mal había! Sólo era un viejo y aquellos tan sólo eran unos recuerdos, la voz de su esposa, la esperanza de que le llamaría para decirle que se había quedado embarazada, y, finalmente, la resignación adormecida por los años.

El murmullo de fondo era a ratos más fuerte y a ratos más débil, como si se tratase de la voz de una sola persona. Quizás fuera así. Al mozo no le importaba cuánta gente estuviese charlando: las palabras se las lleva el viento, demasiadas habían pasado por aquel bar, y a todas las había ignorado hasta entonces.

¡Che! ¿quieres que te acompañe?, tengo el auto de la dueña, dijo el mozo, ¡una vez llevó a Zitarrosa en persona! Qué te crees, que ya estoy borracho, se le contestó, ¿con tan poco grapamiel? ¡Que va!, te lo pregunto porque podríamos seguir discutiendo

fuera sin que nadie nos interrumpa, yo he acabado aquí. El mozo le agarró del brazo, era atento, el chacarero no se lo esperaba. Arrancaron juntos hacia la calle, nadie se fijó en ellos. La puerta podía estar abriéndose por el viento o porque sencillamente alguien salía, a las camareras les daba igual pues todos ya habían pagado la cuenta. Al atravesar el umbral, sus figuras se confundieron con las cortinas blancas de la puerta principal, eran efímeras como aquel tejido, pasajeras, un material como cualquier otro que rellena el mundo, algodón, madera, cemento, personas. Los dos pensaron en las vidas inútiles y plenas de las que habían hablado. El chacarero recordó cuando se había enamorado, en los inviernos húmedos del sur, de noche. ¿Durmiendo me enamoré?, se preguntó, mientras hablábamos así, entre la vigilia y el sueño, me di cuenta de que, si hubiese querido, no habría estado más solo. El mozo no había experimentado aún esos sentimientos. Se había acostado con Cecilia, en su cómoda cama bajo el mosquitero, y con algunas clientas del bar, jóvenes turistas extranjeras, brasileñas, italianas, en busca de aquella libertad que en su país, donde tenían una identidad, no lograban encontrar.

Una lluvia reciente, o una más antigua, había borrado el menú escrito con tiza en el cartel de la entrada, los floreros estaban llenos de aquellas lluvias, el chacarero las había visto todas, una por una, las lluvias torrenciales caídas en la ciudad sin avisar, y jamás le habían sorprendido. Las emociones se alimentan de lo que no existe, en tanto pueden ser un sustituto necesario, pero, al ocurrir algo tan verdadero como real, había preferido vivirlo sin preocuparse de lo que sentía en ese lugar particular que no sabemos localizar en lo hondo del estómago.

Al final de la calle en declive se hallaba el Río de la Plata, el agua estaba marrón, mas no por lo sucio, sino porque estaba llena de vida, agitaba todo su contenido, era el agua más viva que los dos hubiesen visto, agitadora de vidas. De los jardines de la plaza España llegaba el olor a transpiración que empapaba la ciudad, las planchas azules acompañaban a los viejos edificios. Y de la tercera planta de un palacio en construcción, asomado por el andamio, un obrero chileno levantó un brazo descubriendo la barriga y llamó, ¡Pilar, Pilar, mi amor! Dos plantas más abajo, sus compañeros preparaban la parrilla para el almuerzo, churrascos y pan, y se reían de él y del amor.

En el silencio general de la inmensidad del mar y del viento latinoamericanos se oía rechinar el columpio detrás de la gasolinera de la Ancap. Un niño se dejaba llevar abajo y arriba por la inercia, sin reír, y les observaba a los dos con una mirada cínicamente curiosa, el viento se llevaba el olor a gasolina y a gas. Extrañaba tanto el mar y el viento impetuosos, dijo el chacarero, son tan salvajes, capaces de hacerte percibir el espacio que hay en derredor y no te sientes a resguardo como en esas pequeñas calas europeas, aquí lo sabemos, las voces se vuelven agudas para ganar al vacío que les separa de quien las escucha, ese vacío ante el que todos aprendemos a luchar, para ser plenos, y cuando de noche se pone el sol –el chacarero señaló al infinito– sobre nuestras cabezas aparece ese manto rosa de nubes que baja hacia el horizonte donde cantan los pájaros que nunca se llegan a ver, y a medida que se aleja

se hace cada vez más densa.

Una furgoneta de la policía nacional pasó de repente ante ellos con la sirena puesta, las sirenas aullaban a todas horas, de día y de noche, a veces parecían falsas, juguetes de niños o televisores de los vecinos chillando; les asustó como le ocurre a quienes recorren otro mundo y alguien les arranca con violencia desde éste. Ni siquiera el chacarero poseía la experiencia suficiente para mezclar dos mundos diferentes. Se encaminaron hacia la parada, cogerían el ómnibus hacia las afueras, es el ciento veintisiete, dijo el chacarero, pero después de tantos años los números podrían haber cambiado. El chacarero no quiso subir al coche porque, según él, los coches huelen a plástico y con su edad todos los olores estaban amplificadas por los sentidos, finos como los de los gatos. La voz firme y ligera del mozo, por ejemplo, le llegaba al oído como si antes pasase por una nevera vacía. Y el ruido del mar, que se transformaba en río a dos cuadras de allí, jamás se le había borrado de la cabeza. Por cierto, su oído no era muy fiable, como el de todos los viejos, pero él se servía de otros medios para intuir los rumores, escucharlos directamente en el cerebro sin pasar por el filtro de las orejas.

Y así paseaban y nos preguntamos adónde se dirigían juntos dos tipos que se habían encontrado por casualidad en un bar para hablar de felicidad. A la ciudad no le gustaba aquella palabra, cada vez que la nombraban los ruidos del tráfico y el viento urbano, ese viento falso que en la naturaleza no existe y sólo se halla en las esquinas de los edificios, les envolvían. La gente bailaba y se peleaba riendo a lo largo de las calles cuesta arriba hacia el Barrio Palermo, gritaban en varios dialectos para vender cualquier cosa, prendas, teléfonos rotos, muñecas sin trajes, su felicidad no se parecía a la que estamos tratando en estas páginas, se escuchaban los cascos de los mulos malnutridos y los carros llenos de papel y plástico que arrastraban como la más abyecta de las condenas; sus dueños no llevaban camisa, sentados en el carro y en cada esquina gritaban, dale vooo'... paraban al mulo y rebuscaban en la basura. Frente a este clima de fiesta miserable y de alegre dolor, el chacarero dijo: éstos son los hijos del sufrimiento, herederos de la lengua española, culta y refinada, pero también de la peligrosa capacidad de negociar de los italianos, siempre listos para engañar, generaciones de emigrantes que han poblado nuestro país, que hoy es un país libre. Es así gracias a quien se batió, como tú, dijo el mozo. Con mi edad, contestó el chacarero, ya no recuerdo si en aquella época me batía por la libertad o más bien a causa de los genes de la rebelión con los que vienen al mundo ciertas personas.

Ahora era tarde para quejarse de cualquier cosa. En un cierto momento de nuestra vida se nos terminan las preguntas y sacamos la cuenta con las respuestas que tenemos en las manos, igual que estaba haciendo ahora el chacarero en la esquina entre Andes y 18 de Julio. Para subir al Rincón del Cerro debían coger dos omnibuses, se hallaba a veinte kilómetros del centro, tardarían más o menos una hora y media.

Cuando los omnibuses de esta ciudad paran para que alguien se baje, jamás paran del todo, como si echaran fuera a algún pelagatos que no pagó el billete o a un mendigo que busca algo para comer –por lo que se ha equivocado de ciudad–. Dos chicas morenas subieron deprisa tras ellos, eran pobres y se movían como princesas esperadas en un baile. Y cuanto más pobres eran las chicas, más guapas resultaban; sus pechos grandes y las caderas anchas modeladas con cera eran la magia rioplatense que el mundo entero envidiaba. Era la regla que nadie se atrevía a desobedecer. Sus cuerpos se deslizaban con toda la pasión malcontentada por aquellas prendas ligeras de mercado, tan firmes que no necesitaban ninguna baratija como a las que recurren las mujeres deshonestas para engañar a los hombres y a los espejos. Cualquier trapo les habría hecho justicia. Sonrieron ambas al chacarero y al mozo, por respeto a las personas mayores en el primer caso y por otras razones, en las cuales no estamos interesados en este relato, en el segundo. ¡Arriba!, gritó el conductor. El ómnibus estaba repleto, les zarandeó a lo largo de la subida hasta el terminal, Paso de la Arena, donde paseaban hombres que olían a sabor amargo de mate y cigarrillos, a quienes acompañaban jóvenes mujeres de rasgos perfectos y cara de ángel, con la única culpa de haber nacido en un país que no les ofrecía una existencia feliz.

Un hombre pequeño, quemado por el trabajo en los campos donde nadie podía luchar contra el sol como lo hacemos nosotros permitiéndonos tantos caprichos cosméticos y accesorios de última moda, subió llevando consigo la caja llena de dulces. ¡Buenos días señores, vendo barritas de chocolate, gritaba, cantidad y calidad, barritas de vainilla y chocolate!

Muchos llevaban bajo el brazo el termo para el mate, alguien ofreció un trago al chacarero, quien amablemente lo rechazó. ¿No te gusta? Por supuesto, contestó, pero no voy paseando para beberme el de los demás. El mozo tuvo la impresión de que todo el mundo, incluido él, vivía en un mundo de miseria personal. Lo que pasa con la miseria, se dijo, es que nadie se entera de que existe hasta que no nos acercamos a ella. La miseria es riqueza de pobres: sólo se puede vivir y, paradójicamente, encontrar lo bueno en ella, pero no describirla para divertimento de quienes, en última instancia, no la comprenderían... esta vida hecha por límites maravillosos que nos enseñan a cada uno el valor de cada cosa.

En el recorrido vieron a los niños del barrio jugando fútbol con una lata de la Coca-Cola, sus ojos eran ojos de adultos y no reían mientras jugaban. Un viejo procedente del Macabi estaba mirando por la ventanilla mientras se enrollaba el tefilín de cuero en el brazo por los rezos de la mañana. No era de mañana, como sabemos, al haber empezado este relato en una tarde húmeda y ventosa, ¡pero qué importa! Cada quien tiene su huso horario personal en su propia cabeza... Las caras en todos los asientos eran iguales, poseían características similares como pasa en los países pequeños, donde la genética tiene poca fantasía y terminamos por parecernos todos. Las voces alegres y las caras tristes eran los símbolos que utilizaría el mozo para identificar a su gente, se entendía a sí mismo sólo observando a los demás. A su lado iban sentadas otras chicas, pelo sucio, botines de hombre, niñas que llevaban niñas en los brazos.

También ellas, en la medida en que su descuido nos resultaría un hecho objetivo por el que no podríamos encontrar argumentación alguna que nos convenciese de lo contrario, escondían una serena e indiscutible alegría por la vida. La vida, ahí estaba otra regla a la que todos se sometían sin rechistar.

¿Fumas?, preguntó el chacarero al mozo esta vez. Mantenía las manos apoyadas en el respaldo delantero, no miraba hacia fuera porque se lo conocía todo de memoria. Fumaron otro Nevada, quizás el último. Las cortinas estaban ajadas, en la radio hablaban de política: cuando en la radio se habla de política hay que cambiar de voz como hacen los políticos, es el juego para reconocer las voces o para sentirse verdaderos varones al hablar a tanta gente. ¡Pero a la gente, en resumidas cuentas, no le importaba nada la sinceridad de una voz con tal de que su dueño le ayudara a comer más! El mozo fumaba y pensaba en su mamá, en los muebles viejos del bar con los que habían amueblado la casa, en la vieja nevera verde, tirada antes de comprar la nueva, ¡pero la verde marchaba bien!, se dijo, y pensó en la cal de las paredes y en las altas vigas de hierro y madera. Cuando era niño, le parecía imposible llegar hasta allá arriba, y ahora los techos estaban más bajos. Se acordaba de cada cosa de su niñez, incluso esa sensación constante de despertarse y no comprender el sueño recién concluido, y no estaba dispuesto a renunciar a ninguno de aquellos recuerdos. En la mayoría de los casos soñaba con Cecilia, soñaba con ella en la feria de Wilson Ferreira, vendía jamón y empanadas, y cuando apuntaba la cuenta con el lápiz en el papel antes de envolver la carne, inclinaba un poco la cabeza hacia un lado y hacia el otro como si escuchase una canción dedicada a otra mujer, su rostro era una melodía cansada y cantada en voz baja. Cecilia tenía los ojos tristes de la pobreza. La gente era rica en la época de los asuntos que estamos narrando, pero su riqueza no tenía nada que ver con el dinero. Las que eran como Cecilia se habían criado refugiándose únicamente en sus propios sueños. En algún otro lugar cualquier cosa podía estar aconteciendo, como contaban las canciones para los niños a lo largo de la dictadura, aquellas para no dormir la siesta y quedarse despiertos, al botón de la botonera chim pum fuera, decía la letra, al botón de la botonera chim pum, a los que encerraron a los pájaros, a todos los que nunca sonrieron, a los que mataron mariposas, negándonos el pan y hasta las rosas... Debería extrañarle pero no estaba seguro. Se trataba de un insólito tipo de nostalgia que el mozo no sentía en su pecho al igual que le sucede a los verdaderos enamorados, que se retuercen en la cama como una salamandra gritando y llorando, sino en su cabeza, pues debía de ser un pensamiento y no un sentimiento. El mozo, entonces, pensaba su nostalgia y se preguntaba por qué no la sentía en la panza. Desde las ventanillas empañadas la calle y las tiendas verdes parecían más lejanas.

Cuando llegaron, el mozo vio la pobreza, en las tablas apoyadas sobre los bancos una vieja vendía piezas rotas de coches y ruedas de triciclos: ¿cuántos niños sin

ruedas estaban intentando pedalear en aquel momento? Y los mismos loros que volaban entre las palmeras de la Rambla ahora estaban encerrados en jaulas y se vendían por pocos pesos. Una vez más se hizo esta pregunta: ¿por qué este hombre vive aquí? Cualquiera en su lugar se habría mudado al centro, donde había muchos sitios para una pareja mayor con una buena jubilación, había supermercados, médicos, círculos para ex políticos, la feria de Tristán Narvaja todos los domingos, las galerías, tiendas y peluqueros para su señora, todo al alcance.

No hubo muchas paradas hasta la suya, el polvo de un edificio derruido al otro lado de la calle les entró por la nariz apenas se abrió la puerta chirriante. El conductor, como de costumbre, se despidió mientras contaba los billetes de veinte y los acomodaba en la caja de hojalata. Era la última parada, todos habían llegado. Despacio, el chacarero bajó los tres escalones, los tres con el mismo pie porque el otro, según lo que dijo, ya no le servía. El mozo fue tras él para despedirse y preguntarle algo más. No se había dado cuenta de que quien había hecho más preguntas había sido él mismo, aunque no se puso rojo. La vergüenza en esos años no tenía colores intensos, era un estado del alma como cualquier otro.

Los transeúntes les miraban, mas no como en el centro, donde hasta en las calles sucias había turistas, y las miradas de los turistas no tienen mucho significado; ahora no había duda acerca de lo que la gente sentía al mirarles. ¡Buen día, vecino!, gritó el señor Barel desde la acera. El señor Barel era el dueño del bar del Rancho, donde el viejo rebelde solía comer los domingos cuando era un joven rebelde. ¡Buen día!, contestó el chacarero, le dio un beso en la mejilla derecha como era costumbre, y llegó a la siguiente conclusión: si su esposa le hubiese llamado aquel día de verano para darle la noticia que esperaba, ahora tendrían un hijo más o menos de la edad del mozo. No se lo dijo al mozo, mantuvo la reflexión en silencio. Estas páginas están llenas de frases calladas; al parecer ambos protagonistas tenían un problema de sinceridad. Una de las chicas morenas que había realizado el viaje con ellos le abrazó, abrazó al chacarero, y le susurró algo al oído, algo que el mozo no pudo entender. El chacarero se sonrojó, pero no perdió la compostura, estaba acostumbrado. Dio la vuelta para despedirse del mozo, y le puso una mano en el hombro, era una mano cálida y sin peso. ¿Cómo te llamas?, le preguntó finalmente. José Mujica, contestó el mozo levantando la barbilla dos veces, una por el nombre y la otra por el apellido. ¿Mejor Pepe, ta?, preguntó entonces el chacarero. ¡Ta!, contestó el mozo. Dejé mi cuaderno en el bar... ¿Quieres que vaya a recogerlo? No, déjalo, mi esposa me espera, dijo, ¡suerte viejo! Metió las manos en los bolsillos de la chaqueta, uno de ellos era un bolsillo falso, pues estaba roto, y se encaminó por la calle vacía. Parecía perder el equilibrio, pero era por culpa del barro en los charcos, resbaladizo, acumulado en la orilla de las aceras, nieve para pobres, pensó el chacarero. El mozo le vio alejarse hasta el final de la calle entre los campos silenciosos del Cerro, cosa que le tomó unos cuantos minutos porque ese camino casi no tenía final, sino que seguía un kilómetro cuesta arriba y allí se lo tragaba el más allá; luego, dando la vuelta hacia su ciudad, que se hallaba en algún rincón de esa desolada llanura sin viento, sonrió porque eran

las seis pasadas y ya no había omnibuses para volver al centro.

[Escrito en el Café Bacacay, Montevideo, en un cuaderno de diseño muy gordo]